

NÚMERO 3 | MAYO 07

CEU Ediciones

Debate Actual

Revista de religión y vida pública

LA CLAVE ES EDUCAR

Massimo Borghesi

Inger Enkvist

Russell Kirk

Teófilo González Vila

Antonio Amado

REPENSAR LA ENSEÑANZA CATÓLICA:
UNA PROPUESTA DESDE AVIGNON



Alejandro Llano

Catedrático de Metafísica en la Universidad de Navarra –de la que ha sido rector y en la que actualmente preside el Instituto de Antropología y Ética–, Alejandro Llano ha sido definido con acierto como “uno de los intelectuales más lúcidos de la hora actual”. Lo avalan una multitud de artículos y numerosos libros –entre los que se cuentan algunos tan cercanos a nuestro tema como “Humanismo cívico”, “La vida lograda”, “Sueño y vigilia de la razón” o “Repensar la Universidad”–; además de una experiencia como profesor universitario de casi cuarenta años, en diversos países europeos y americanos. Hemos tenido la oportunidad de conversar con él sobre la situación actual de la educación, tema central de nuestro número.

¿Cómo explica el descomunal empobrecimiento que está sufriendo la educación? ¿Tiene algún trasfondo religioso este problema?

El trasfondo de la crisis actual de la educación es más amplio: presenta un carácter cultural. Ya a comienzos del siglo XIX se sorprendía Hegel de la pretensión de que hubiera “un pueblo culto sin metafísica”. Nuestra visión del mundo ha perdido la trascendencia, la dimensión profunda de la realidad, los aspectos cualitativos de las cosas. Nos hemos quedado con el *brillo* de las superficies niqueladas, al tiempo que nos apartamos del resplandor de la vida y de la inteligencia. A la hora de educar, el modelo dominante ya no es el cristiano, ni siquiera el humanista, sino que se

sigue un paradigma pragmático, en el que lo importante es el dinero, el poder y la influencia. En una palabra, la educación actual se atiene más al valor de la eficacia que al valor de la fecundidad. La eficacia apuesta al corto plazo, sólo la fecundidad se abre a horizontes de largo alcance. Naturalmente, todo esto tiene causas y consecuencias de tipo religioso. Pero el mensaje cristiano sólo se puede recibir establemente con un mínimo de rectitud de vida y de preparación cultural. De ahí que una de las primeras tareas de la nueva evangelización sea la recuperación del humanismo.

En los países de occidente, por decirlo con terminología psicoanalítica, conviven dos enfoques contrapuestos en la educación. Está, por un lado, el principio

de realidad, según el cual se debe fomentar el esfuerzo de los estudiantes y se les ha de evaluar por su mérito; mas, por otro, resulta omnipresente el principio del placer, que lleva a procurar el bienestar de los niños y jóvenes, a no plantearles dificultades y a evitar humillaciones. En España parece que se va a suprimir el número *cero* de las calificaciones y que se tiende a evitar los exámenes competitivos, para no crear tensiones entre el alumnado. Esta contraposición genera desconcierto y contribuye al descenso del nivel de la enseñanza.

Entre las causas culturales del declive educativo, ¿cabe acusar los intentos de aplicar una *nueva sensibilidad* posmoderna, o bien sus "pedagogismos" derivados?

En la sensibilidad postmoderna conviven aspectos negativos y aspectos positivos. A las dimensiones más decadentes las llaman algunos autores *tardomodernas*. Son el sentimentalismo, el relativismo, el consumismo y, en general, el miedo a los valores exigentes, por no hablar de los absolutos. Desde luego este *sensibilismo* se encuentra en la raíz del declive educativo. Pero detectamos también aspectos de tipo pragmatista o utilitarista, que proceden más bien de planteamientos propios del capitalismo tardío y no son extraños a algunas mentalidades neoconservadoras. Lo propio del pedagogismo consiste en la convicción de que la educación es una técnica y que lo

importante no es el conocimiento y la voluntad, sino la acción: se educa haciendo y haciendo hacer. Es el *learning by doing*. El activismo está erosionando toda posibilidad de silencio creativo y de actitud meditativa. El fomento de la capacidad contemplativa está ausente de los actuales enfoques dominantes en la enseñanza.

¿Qué papel pueden jugar las Humanidades y la formación clásica en la salida de esta decadencia cultural? ¿Es viable una educación clásico-humanista en una sociedad científico-técnica?

Las Humanidades constituyen el núcleo de una formación que mire a la persona completa y no sólo a sus habilidades o competencias. Pero las disciplinas literarias, históricas y filosóficas han sido prácticamente eliminadas de la enseñanza secundaria y son cada vez más minoritarias en la Universidad. A su vez, las lenguas clásicas, el griego y el latín, nos ofrecen la capacidad de sorprender las raíces de nuestra cultura en estado naciente, y por ello han sido marginadas drásticamente. No hay que olvidar que la cultura cristiana básica se expone en griego y en latín. Son los Padres de la Iglesia, los grandes maestros de nuestra Fe. No es casual el empeño por eliminar drásticamente el aprendizaje de los idiomas en los que hablaban y escribían.

La educación humanista de raíz clásica es perfectamente compatible con la



preparación científica y técnica. Baste con pensar en los grandes científicos del primer tercio del siglo XX —Heisenberg, Einstein, Schrödinger, etc.—, todos los cuales habían recibido una educación humanística de primer nivel con muchos cursos de lenguas clásicas. No falta quien sospecha que la falta de creatividad científica que se registra en la actualidad se debe precisamente al despego respecto a las disciplinas humanísticas. Si fuera verdad que nos dirigimos a una época postliteraria, también sería cierto que lo bárbaros habrían cruzado ya las puertas de la ciudad. En tal caso, la decadencia afectaría también a la ciencia y a la técnica. Los errores de fondo se pagan caros, a veces en un plazo muy corto.

La actual deriva laicista de Occidente en general y de España en particular, es poco halagüeña para la educación religiosa.

Este expansionismo secularista del Estado en materia educativa y religiosa —pensemos en la ideologizada «Educación para la ciudadanía»—, ¿supondrá una condena más de un ámbito religioso a la esfera de la privacidad?

El hecho de que, en España y otros países, la educación esté cada vez más en manos del Estado es sumamente preocupante. Porque educar no es una competencia propia de las Administraciones Públicas, sino de las familias y de los profesores. Pero no olvidemos que el expansionismo del Estado llega tan lejos como se lo permite la irresponsabilidad de los ciudadanos. En España la sociedad civil es muy débil. Es muy raro observar actitudes de coraje cívico. Por eso la deriva estatista se está imponiendo con relativa facilidad, a pesar de que la capacidad de respuesta social ha mejorado en alguna medida recientemente.

Por otra parte, aunque en las democracias modernas el Estado no sea confesional, su deber es respetar y proteger las convicciones de los ciudadanos, especialmente si son mayoritarias, como es el caso de la religión católica en España. Intervenciones como la intentada con la *Educación para la ciudadanía* van claramente contra el espíritu de nuestra Constitución y probablemente también contra la letra.

Con todo, no hay que instalarse en la cultura de la queja. La responsabilidad es nuestra, de los ciudadanos. Antes que nada, habría que mejorar sustancialmente el nivel académico y doctrinal de las clases de religión que se imparten, algunas de las cuales —como es público y notorio— dejan mucho que desear. Ante una situación oficialmente adversa, además de defender nuestros derechos, los católicos hemos de ahondar en nuestra propia formación cultural y teológica. En este punto, los españoles tenemos una asignatura pendiente y la generación actual se enfrenta a una seria responsabilidad. Usted asegura provocativamente en el título de uno de sus libros que «el diablo es conservador», pero en lo que se refiere al ámbito educativo español: ¿No será más bien «reformista» o «buenista»?

El “buenismo” es conservador, porque mantiene que todo lo actual está bien y no es necesario cambiar nada. El presunto reformismo también es una postura *light*, que elude enfrentarse con los problemas de fondo. Incluso el socialismo actual, tal como se está configurando en nuestro país, es muy conservador en materias económicas y de justicia social. La alianza entre el dinero y el poder político, entreverada de conexiones con los grandes grupos mediáticos, compone una *tecnoestructura* proclive al monopolio y a la corrupción.

El poeta Miguel Hernández pudo decir: “Nunca medraron los bueyes en los páramos de España”. Y yo me pregunto si lo podría decir ahora mismo. El temple de los españoles de hoy es mayoritariamente conformista, también en educación. Porque ¿quién se atreve a educar seriamente en las virtudes, en los bienes, y en las normas, que responden a una visión humanista y cristiana de la persona?

Hay que tener en cuenta que, desde el punto de vista cultural, la izquierda está prácticamente desaparecida, esfumada. Intentar promover hoy día, como se hace en España, una izquierda cultural, es un fenómeno claramente conservador, regresivo incluso. Nos encontramos quizá en el único país de la Europa occidental en que casi todos los canales de comunicación cultural están en manos de una izquierda escasamente ilustrada.

Por todo ello, y modestamente, me parece que cuando dije que “el diablo es conservador” no me equivoqué demasiado. Quizá me anticipé incluso a lo que se nos avecinaba. Espero, en cambio, que pronto ese lema irónico deje de tener vigencia.

Ante la vasta reforma universitaria que está a punto de sacudir Europa, llamada «Plan Bolonia», hay quienes la ven como una sustancial mejora en la práctica pedagógica y en la relación profesor-alumno; mientras que otros la consideran

una ruptura del espíritu sapiencial y comunitario del que nació la *Universitas* medieval para abrazar un modelo mixto entre Escuela de Negocios a la norteamericana y uniformización bonapartista. ¿Es cierto, como se ha afirmado, que la Universidad que nace en Bolonia morirá con «Bolonia»?

No se sabe muy bien todavía (y no sé si alguna vez llegará a descubrirse) lo que se esconde bajo el rótulo “Bolonia”. Porque oficialmente se trata de promover la convergencia europea en el nivel universitario. Pero, hasta hoy, cada país está interpretando este espacio común europeo, a su estilo y a su gusto. Me temo que el mosaico resultante va a ser más heterogéneo que la realidad actual. En realidad, el acuerdo de los Ministros de Educación que dio origen a este mito es mucho menos constrictivo de lo que algunos gobiernos nos están haciendo creer. Baste con recordar los giros violentos que el enfoque de la reforma ha dado hasta ahora en España. Donde dije digo, digo Diego.

El problema de la Universidad no es burocrático. Al revés, lo que le sobra a la Universidad actual es organización, lo que le falta es vida. Por lo tanto, toda reforma basada en el espíritu de la burocracia conducirá a un empeoramiento de la situación actual. Y en esto es, me temo, en lo que se va a quedar la presunta “colonización”: burocracia y economicismo.

La reforma de la que se nos está hablando, y que ha empezado confusamente a implantarse, propugna el activismo, la calidad burocráticamente controlada, el alejamiento aún mayor de la cultura humanística, el descenso de la exigencia académica, la investigación dominada por el modelo del *paper* anglosajón, el pragmatismo profesionalista y, en una palabra, la banalidad y la trivialización de la enseñanza universitaria. Me encantaría equivocarme en este diagnóstico. Y todavía no pierdo la esperanza de que se rectifique. Ahora bien, para rectificar habría que tener claros los fines propios de la Universidad como institución. Y eso, francamente, no es fácil de encontrar por estas tierras.

Entrevista realizada por
PABLO SÁNCHEZ GARRIDO